

## Mira, el interior del espejo

¡Hola! Me llamo Lisa y tengo 15 años, soy buena estudiante y aspiro a ser bióloga, aunque sé que hay que estudiar mucho. Hace poco cometí el peor error de mi vida, pero no me arrepiento al pensar y hacer lo que hice, si no, ahora seguiría triste y deprimida.

Todo empezó cuando hubo el cambio brusco de colegio a instituto. La mayoría de mis amigos vinieron al mismo, pero algunos, por problemas de vivienda o padres, se declinaron por otros. Esther, mi mejor amiga, vino a la misma clase que yo junto con un par de compañeros, además claro de todos los de otros colegios que aún no conocíamos. A mí me cuesta integrarme, pero Esther me ayudó un poco a empezar una relación con otras dos amigas que se sentaban en el pupitre de al lado. La clase la formaban treinta personas y la mayoría eran chicos, de entre los cuales no resaltaba ninguno.

El primer día de clase faltó Héctor a quien todas las chicas echaron en falta. Decían que era muy guapo, y verdaderamente lo era, pero con la guapura no se come. Esther y yo estuvimos hablando de cómo sería y al día siguiente se cumplieron los pronósticos. Héctor era guapo, muy guapo, pero tenía un aire distante y superior. Aún así empezó me empezó a gustar, primero un poco, después bastante, hasta que me enamoré ciegamente y no era capaz de ver sus defectos. Esther intentó ayudarme, pero defendiéndole perdimos la amistad y con ella con todos los demás. Me vi sola, completamente sola, pero no me importaba si era por Héctor.

Los días pasaban y ya no hablaba casi con nadie, me pasaba las horas mirándole y así empecé a no prestar atención, los deberes, las notas, los exámenes, acabé el primer trimestre con cuatro suficientes y ningún excelente, las peores notas de mi vida hasta entonces.

Mi madre, al ver las notas, quiso hablar conmigo en seguida. Siempre habíamos mantenido una buena relación y no entendía aquel bajón. ¿Qué pasaba? Me agobió tanto con las preguntas que me enfadé también con ella, la única persona con la que aún guardaba relación, pero seguía sin importarme, me daba igual.

Empezó el segundo trimestre y me había planteado muy bien qué quería hacer, pasaba las tardes pensando y escribiendo apuntes y cosas. Mi madre creía que había vuelto a la faena de siempre, que quería volver a estudiar. No podía estar más desencaminada. Durante las vacaciones de Navidad acepté el peor reto de mi vida, volverme popular y delgada para poder salir con Héctor.

Esther me veía muy rara y empezó a hablar conmigo, pero yo seguía enfadada y no quería hablar con ella. Así que empecé mi nuevo reto, casi no comía y cuando lo hacía raro era el día que no vomitaba, no quería engordar ni un gramo. Además de eso, por si fuera poco, empecé a hacer mucho ejercicio. Todas las horas que antes dedicaba a estudiar, las dedicaba ahora a correr, saltar, bailar, nadar... Mi madre se temía algo, así que me quiso llevar al psicólogo, pero no consiguió nada. Me negaba a razonar.

En tres semanas había perdido casi trece kilos y se me notaba mucho, pasé de pesar casi setenta a 58, 600. Los pantalones me venían anchísimos, y no digamos ya la camiseta. Desde pequeña había tenido mucho pecho y pasé a estar más plana que una tabla. Héctor se merecía eso y más, ¡qué equivocada estaba!

Mi madre estaba desesperada, cada vez peor. Pidió la baja y todo, ella me conocía y sabía lo que estaba haciendo, pero no había nada que me hiciera cambiar de opinión. Estaba decidida a llegar hasta el final, y así fue.

Llegó el final del trimestre y los profesores convocaron una reunión. Había suspendido cuatro asignaturas y no tenía ya ni un solo notable, bueno sí, en Educación Física había sacado un excelente y mi profesor estaba muy preocupado, porque además se me notaban muchísimo los doce kilos que me faltaban.

Tuvimos una charla muy larga, me preguntaron que si tenía problemas en casa, que si me había pasado algo con los compañeros, que si recibía insultos... pero yo solo contesté:

- Los estudios, al fin y al cabo, no son tan importantes. Hay cosas por las que vale luchar.

Ni yo misma comprendo como pude decir aquello, si hay cosas por las que vale la pena luchar, pero yo escogí justamente la más equivocada.

El tercer trimestre empezó con un tiempo fabuloso, me daba asco mirarme al espejo. Cada día que pasaba se me notaban más los huesos y me sentía más débil, pero al fin conseguiría ser una chica popular y amiga de todos. Empecé estableciendo relación Marta, la cabecilla del grupito de "guapas". Me aceptaron en seguida,

creían y decían que mi cambio había sido espectacular y para bien, estaba muy guapa. La creí pero echaba en falta la confianza y amistad que tenía con Esther, no era lo mismo.

Me hice un cambio total de imagen, me compré ropa nueva y moderna, me corté el pelo de forma escalada y me puse mechas de color fucsia. Cuando volví al colegio la gente ya casi ni me reconocía, mi amigo de toda la vida, Víctor, me tenía asco y ya ni me miraba. Entonces recordé por qué había hecho todo eso y decidí que había valido la pena, que ahora era una verdadera chica popular.

Cuando Héctor se me quedó mirando fijamente me puse roja y me acerqué a él, mi momento había llegado. Al llegar a su lado se puso a reír como loco y cuando paró, miré hacia atrás, quizá había pasado alguien gracioso y como no vi a nadie me sentí insegura y me quise ir, pero la voz de Héctor se adelantó a mis piernas, se me han quedado grabadas sus palabras para siempre:

- ¿Ahora que no te van bien los estudios vas a ganarte la vida de payaso? ¿Se puede saber que te has hecho? Además, me parece exagerado esos quilos que te has quitado. De gorda me dabas asco, pero ahora...

Lo que sucedió en aquel momento no me lo merecía, pero le estaré eternamente agradecida:

- Eres un insensible, un creído, un subnormal. A Lisa le gustabas mucho, ha cambiado mucho por ti y tú solo sabes decirle los defectos que tiene para hacer la gracia con los amigos. Para que lo sepas, ella será siempre más persona que tú y se merece algo más por tu parte que un insulto. Aunque, perdón, creí que eras humano, esperar algo más de ti es imposible, no das para más.

- ¿De qué vas Ismael? Ahora te gustan las anoréxicas, es que las gordas ya se han pasado de moda. ¡Oh, lo siento, no recordaba que tienes debilidad por los desgraciados! Eres tan tierno... Para que lo sepas, yo no la rechazo por el cambio, simplemente no me gusta. Y menos ahora que parece un gallo, además de un cadáver, claro.

- El único desgraciado que hay aquí eres tú. Si fueras persona te entenderías que ella es algo más que un cuerpo y que quizá si hubieras querido conocerla cuando empezamos el curso nada de esto habría ocurrido. Espero no tener que dirigirte nunca más la palabra, porque para mí será tiempo perdido.

Ismael me llevó a casa y cuando vi a mi madre no pude contenerme, rompí a llorar. Ella no fue capaz ni de reírme, aunque me lo merecía. Se lo expliqué todo y no sé cómo, pero ella ya lo sabía. Como estaba muy demacrada y me dolía todo el cuerpo me fui en seguida al médico. Entonces llegué a pesar ¡42 quilos! Medía casi metro sesenta, mi doctora no logró reconocermé y me mandó comer bien, reposo tranquilidad y mucho cariño. El sueño de mi vida se vio cumplido, podía comer lo que quisiera ¡incluso chocolate y chucherías! Pero lo mejor de todo es que volví a tener el hombro de mis amigos y sobre todo de mi madre.

Este año he terminado tercero de la ESO y las notas no podrían irme mejor. Tengo muchos amigos, todos aquellos que dejé en el camino equivocado que yo misma escogí, pero fue mi decisión. Vuelvo a tener mis sesenta quilos y me ve perfecta, estoy guapísima. Mi madre y yo seguimos como siempre, buena relación y hablando de todo, parecemos unas crías, aunque siempre tenemos por delante que somos madre e hija, no somos amigas.

Ismael es mi chico y desde entonces estamos muy bien, me cuida mucho y siempre está pendiente de mí. Creo que entonces le di un buen susto, incluso yo me asusté. Ahora todo va bien, sigo yendo cada dos meses al médico a seguir el control de peso y ya de mi misma, de mi personalidad, que es lo más importante.

Lo único que me queda por decir es que no vale la pena dejar de ser uno mismo por personas que no se merecen ni esa calificación, porque Héctor no tenía corazón y aún no ha sido capaz ni de dirigirme la palabra, aunque espero que no lo haga nunca. Únicamente dar las gracias a todos los que estuvieron conmigo y dar conocimiento a las chicas que se puedan sentir como yo, siempre habrá un "Isma" preocupado por ti y atento, aunque tengas muchos quilos, las personas no se miden por su físico, se miden por su corazón, por ellas mismas.

**Neus Cámara Gutiérrez**  
**1º ESO B**